

# Invasores

Leonard Bachman



# Capítulo 1

## Prólogo

—No puedes seguir ocultando esto, Alberto, ya es hora de que se lo digas al mundo, has dejado pasar demasiado tiempo —señala un hombre canoso vestido con un traje azul marino, sentado con una taza de té en la mano en una lujosa oficina de muebles antiguos.

—La gente aún no puede saberlo, es demasiado pronto —replica Alberto negando con la cabeza, tomando un sorbo de su taza al pensar que es una locura siquiera considerarlo.

—¡Eres el secretario general de la ONU! ¡No puedes seguir escondiendo esto, no sabemos lo que puede suceder! —insiste el colega con severidad, consciente de que ese asunto ya se les ha ido de las manos.

—¡Exacto! ¡No sabemos qué sucederá, ni siquiera lo que está sucediendo! Lo único que sabemos es que unos tontos científicos se pusieron a jugar a ser Dios y abrieron ese portal, no sabemos a dónde conduce, si algo puede entrar a nuestro mundo o siquiera si es nuestro fin —expone con impaciencia el secretario, dejando la taza encima de una mesa ratona, tratando de no perder los estribos ante esa situación que lo rebaza.

—Al menos deberías darles la posibilidad de prepararse para el peor escenario —susurra Elías, que si bien no quiere parecer pesimista, necesita hacerle ver a su compañero la gravedad del asunto.

—Nuestra prioridad es el bienestar general, ya advertimos a los líderes mundiales, eso tendrá que ser suficiente. Si esto se supiera, el pánico implantaría el caos en todos lados, y no podemos permitir que eso ocurra —determina Fernando dispuesto a mantenerse firme en su postura.

—Espero que sepas que estás tomando un riesgo muy grande, uno que podría llegar a costarnos muy caro —murmura el compañero girando la cabeza hacia un ventanal para contemplar el enorme agujero en el cielo, semejante a un agujero negro de los que se encuentran en el espacio.

Alberto intenta responder, asegurar que tiene todo bajo control, que ha estudiado cada posibilidad antes de tomar una decisión. Pero un nudo en la garganta se lo impide al ver ese portal, ese... fenómeno que no tiene explicación lógica. Y casi agradece el ser interrumpidos por su asistente que ingresa a la oficina con el rostro sudoroso y la respiración agitada.

—S-señor... a-algo ha pasado... nos están informando que nuevos portales están abriéndose en diferentes capitales del mundo: Nueva York, Seattle, Londres, Buenos Aires, entre otros —informa el joven con la piel tan

pálida que parece que va a desmayarse.

—Eso no puede ser... no tiene sentido... la máquina está aquí —susurra el líder entre dientes, prendiendo la pantalla de un televisor para confirmar la información a través de los videos que los diferentes canales de noticias transmiten en vivo.

Un chillido de miedo sale de la garganta del asistente ante el repentino ruido de la estática que corta la transmisión, y aunque intenta serenarse para no hacer el ridículo delante de su jefe. No puede evitar sentir una especie de presión en el aire, como un aviso de que algo terrible está a punto de desatarse.

*—El hombre... un ser dispuesto a destruir todo a su paso, a quitar cuanta vida pueda con tal de alargar la suya un poco más. Hasta el mundo que habitan clama contra ellos, y es por eso que junto a mis hermanos, hemos puesto en nuestras manos la tarea que nadie más ha querido tomar: Exterminarlos. ¡Hoy comienza la caída de la humanidad, muy pronto serán solo la historia de una raza extinta!* —resuena en la oficina una voz potente proveniente de la estática.

—E-elias... ¿Q-qué hacemos? —pregunta el Secretario General volviendo el rostro hacia su colega en busca de ayuda.

—Rogar que el Cielo nos ampare —susurra el amigo con los ojos horrorizados al ver lo que surge del portal.

## Capítulo 2

### Regreso

El crepitar del fuego devorando lo que encuentra a su paso, resuena en los oídos de un desesperado joven maniatado, el cual se sacude intentando liberarse de la inexplicable fuerza que lo mantiene de rodillas sobre el piso de mármol blanco. Respirando con dificultad por el espeso humo que ha llenado el salón se resiste a darse por vencido, a pesar de que todo parece haber terminado para él, y lo que más le pesa ante su inminente muerte es la certeza de que no fue capaz de valorar lo más precioso que tenía... su familia.

Con los ojos llorosos por la impotencia mira las llamas que ya parecen estar acariciando su moreno rostro, augurándole una dolorosa despedida de este mundo, aunque no es eso lo que le provoca que el cuerpo se le comience a cubrir de un sudor frío, sino un inquietante susurro que resuena por sobre el crepitar del fuego.

—He seguido de cerca cada uno de tus pasos, Gonzalo, y ahora al fin eres mío, ya no tienes a donde escapar —susurra una criatura que de entre las llamas extiende su inhumana mano hacia el aterrado muchacho que es incapaz de gritar.

Gonzalo abre los ojos dando un salto en el asiento con un grito ahogado en la garganta, jadeando mira a su alrededor hasta asegurarse que está a salvo, que solo ha sido ese sueño de nuevo. Con el cuerpo cubierto por una capa de sudor se recuesta en el mullido asiento del colectivo en el que viaja, se pasa la mano por el rostro intentando borrar de su mente esa horrible imagen que aún ahora parece estar grabada en sus retinas.

—¿Una pesadilla? —pregunta su acompañante con una sonrisa nerviosa.

—Una demasiado real —susurra el joven que desearía que solo hubiese sido un mal sueño. Exhausto recuesta la cabeza en la ventanilla, disfrutando de la agradable sensación de alivio que el frío cristal le brinda.

—He leído que los sueños son mensajes que nuestro subconsciente quiere darnos —comenta el compañero dispuesto a entablar una conversación antes de que culmine el viaje.

—Pues me gustaría que se limitara a decirme lo que quiere de una buena vez —responde Gonzalo cortante, contemplando el pequeño parque que está a un lado de la ruta.

Con una media sonrisa observa a los niños que corren entre risas por el verde césped, a los adolescentes que entre bulliciosas carcajadas charlan a la sombra de los antiguos y gruesos árboles. A un joven padre que festeja con sus dos niños haber pescado un pequeño bagre en el arroyo que atraviesa ese hermoso santuario. Con mirada tierna disfruta ver a esa gente encontrando la felicidad en esos simples, pero gratos momentos. Como él solía hacerlo cuando vivía allí, en un tiempo que ahora le parece tan lejano.

Gonzalo abre los ojos de par en par e incorporándose del asiento pega aun más el rostro a la ventanilla, aplasta la nariz y la frente contra el cristal al ver a un niño de cabello castaño. Con la respiración agitada por la ansiedad mira al pequeño de unos cinco años que con el pie frena el balón que le han pasado. La altura, el pelo fino y brillante, esa fisonomía delgada, esa postura, ese niño podría ser....

Al oír el bocinazo de un conductor impaciente, el niño voltea su cara morena y de redondas mejillas, soltando una risa divertida al oír un enojado conductor maldecir a un motociclista que lo ha rebasado. Gonzalo suelta un suspiro de decepción y cerrando los ojos se hunde en el asiento nuevamente, por un momento había pensado que era su hijo, su pequeño, su gran tesoro. Es increíble lo mucho que lo echa de menos, no es capaz de entender cómo ha resistido estar tanto tiempo lejos de él. Aprieta los labios sintiendo un incómodo nudo en el estómago, quizás sea por la extraña sensación de incomodidad, o esa especie de temor que parece sugerirle que escape de nuevo a California. Pero hace ya tres meses que se fue. ¿Tres meses? Pasaron tan rápido, tres meses en los que había hablado con su hijo sólo a través de una pantalla. Tres meses huyendo, alejándose de lo inevitable, pero ya no puede seguir haciéndolo.

—Gonzalo has metido la pata, esperemos que no sea demasiado tarde para arreglar las cosas —susurra trayendo a su mente la imagen de la mujer que está por convertirse en su ex esposa.

Cuando su abogado le mostró la petición de divorcio que ella le había enviado sintió que las piernas le temblaban, fue como si un baldazo de agua fría cayera sobre él haciéndolo despertar. Despertar y mirar hacia dónde estaba dirigiendo su vida, comprender que estaba a punto de perder lo más valioso que podría poseer. Esa mujer tan especial que le había traído tanta belleza y felicidad a su vida, su pequeño hijo que daba sentido a todo lo que le rodeaba. ¿En qué momento decidió que su orgullo era más importante que ellos?

—¡Esto no me lo trago! ¿Usted qué cree sobre esto? —exclama el hombre rechoncho sentado a su lado extendiéndole una revista.

—Luna de sangre: ¿Señal del fin de los tiempos? —lee el joven desgano

por la insistencia de ese tipo.

—¿Cree que algo podría catalogarse como el fin de la humanidad?  
—vuelve a interrogar el acompañante esperando ser capaz de entablar una conversación finalmente.

—Pues la humanidad... se podría decir que es una testaruda y resistente raza —contesta Gonzalo apoyando su cabeza en el asiento y mirando el techo negro del colectivo.

—¿Cómo? —pregunta intrigado el acompañante arqueando una abundante ceja negra.

—A lo largo de la historia hemos resistido a todos los intentos de exterminio, ya fuese que bajase la mano divina o se levantara la furia de la naturaleza —prosigue el muchacho perdiéndose en sus pensamientos.

—Pues... —susurra el acompañante llevándose la mano al mentón meditando en esas palabras.

—Aunque siempre nos la hemos apañado para levantarnos tras cada tormenta sacudiéndonos el polvo y dispuestos a seguir adelante  
—continúa Gonzalo entrelazando los dedos de las manos sobre su regazo.

—Así es, somos poderosos e inteligentes. ¿Qué podría destruirnos? ¿Quién podría declararnos el fin? —dice el hombre con una sonrisa de satisfacción y emoción en sus palabras.

—Pues... el hombre. Nos creemos inteligentes, pero nuestras guerras e intentos de destruirnos a nosotros mismos, nos hacen parecer seres sin razón —responde el joven con reproche.

—Pero con diplomacia se puede arreglar, el diálogo, los acuerdos...  
—replica el hombre secándose con un pañuelo las gotas de sudor que comienzan a formarse en su cabeza casi sin cabello.

—Cientos de años de diplomacia, de congresos y cumbres, de tratados y acuerdos, de dos guerras mundiales, no han servido para arreglarlo. El hombre... aunque es resistente, siempre busca su propia destrucción, nosotros queremos paz solo en nuestras palabras y libros —declara Gonzalo clavando su mirada en el incómodo hombre que parece arrepentirse de haber comenzado esa conversación.

—Pues... este... tienes pensamientos muy... muy... peculiares —susurra el acompañante tratando de esbozar una sonrisa bastante forzada.

—O al menos es lo que nuestra historia me ha enseñado. Disculpe ya tengo que bajarme —se despide el muchacho apresurándose a agarrar su

bolso al divisar que se acercan a su parada.

—A-adiós —tartamudea el acompañante levantando la mano en un saludo, aliviado de no tener que seguir con ese debate.

Gonzalo baja del colectivo colgándose el bolso del hombro, con una sonrisa nerviosa en el rostro, por fin ha vuelto, está en Olavarría

—Aquí me tienes, he vuelto como me pediste —susurra sintiendo que el cuerpo se le estremece, sabiendo que recuperar a su familia no es la única razón de su regreso, siquiera la principal.

## Capítulo 3

Gonzalo camina por las calles de su ciudad natal con la mirada cargada de melancolía al ver que todo parece estar tal y como lo recuerda. El imponente monumento al Trabajador con sus grabados, los verdes terrenos pertenecientes a las facultades de Ingeniería y Ciencias Sociales, incluso puede divisar la pulcra casa de ladrillos barnizados del viejo Víctor. Si bien la ciudad parece un lugar modesto comparada con la lujosa California de la que ha regresado, no puede evitar sentir que lo inunda un agradable sentimiento de familiaridad. Y no puede ser para menos, aquí nació, creció, aprendió las valiosas y a veces dolorosas lecciones de la vida. En esta ciudad conoció al amor de su vida con quien formó su familia, puede decir con certeza que se siente en casa.

Los tres meses que se ha ausentado no es mucho tiempo para que una ciudad cambie demasiado, en cambio para un niño como su hijo puede parecer una eternidad. Arruga la frente al tratar de imaginar cómo lo recibirá después de tanto tiempo, desearía recibir un fuerte y largo abrazo que le transmitiera lo mucho que lo ha extrañado, pero no podría culparlo si lo tratara como a un extraño, si lo único que le dedicara fuese una mirada de decepción y reproche. Se sumerge tanto en las cavilaciones de su mente que el sonido de su celular anunciando una llamada lo hace sobresaltarse trayéndolo de vuelta a la realidad.

—Tía, ¿Cómo estás? —contesta con alegría calculando las cuadras que le faltan para llegar a la casa de ella.

—Bien, cariño. Esperando que nos avises para ir con tu tío a buscarte —responde la mujer con ansiedad.

—Oh, lo siento. Debí avisarles que llegábamos un poco antes, ya estoy yendo para tu casa —se excusa Gonzalo rascándose la nuca con una risita nerviosa ante uno de sus habituales olvidos.

—¡Siempre con la cabeza en las nubes! Nosotros vinimos a visitar al Pastor, en cinco minutos salimos para casa. A propósito acabo de escuchar que Elizabeth va a venir en un rato —informa la mujer esperanzada de que su sobrino sepa bien lo que tiene que hacer.

—No te preocupes, la noche está hermosa para caminar —responde él borrando la sonrisa de su rostro al oír el nombre de su futura ex esposa.

—¡No evites el tema Gonzalo Escobar! ¡Tienes que arreglar las cosas con ella, antes que termines de perder a tu familia! Y la verdad es que no falta mucho para eso —reclama severamente la mujer entre dientes para que

nadie más la escuche.

—Es lo que temo, que sea demasiado tarde... ¿Hola? ¿Tía? —extrañado por la repentina interrupción de la llamada, mira el celular que le marca que ha quedado sin señal

—Eso dependerá de ti hijo, si fueran capaces de abandonar el orgullo y ver el amor que aún sienten entre ustedes —responde la mujer con la voz empañada.

—Desearía que fuera tan sencillo como suena —replica Gonzalo cortando la llamada al sentir que las lágrimas le empañan la mirada.

El joven se sorbe la nariz negándose a dejar que sus emociones vuelvan a desbordarse, es suficiente con saber que sus malas decisiones vendrán a quitarle el sueño en la noche. Tratando de despejar su mente contempla el cielo nocturno en el que las estrellas resplandecen llenas de vida, esa vista siempre le ayuda a traer un poco de claridad a su cabeza, y cuanto la necesita ante el remolino de pensamientos que revolotean en su mente.

Pero el extraño fenómeno que ve en el cielo lo obliga a detenerse y observar atentamente la luna llena que se ha teñido de un intenso rojo carmesí, una hermosa e inquietante vista. Un extraño temor comienza a crecer en su corazón impulsándolo a apresurar sus pasos con una expresión de seriedad y confusión en el rostro. Trata de convencerse que solo se ha sugestionado por el pesimismo de esa tonta revista, pero no puede evitar pensar que quizás está empezando a desencadenarse la razón por la que lo han hecho volver.

—Dicen que este raro eclipse ocurre cada cierto tiempo, que no es tan común, pero que no es nada para preocuparse —comenta un cuarentón sentado en la acera por la que pasa Gonzalo.

—En la tele alguien comentaba que en la Biblia dice algo de una luna de sangre o algo así. No significaba nada bueno según él —le responde un joven sin camisa tomando un sorbo de su lata de cerveza.

—La luna se teñirá de sangre... —susurra Gonzalo al recordar con exactitud esa profecía, otra cosa que profesaba el fin del mundo.

Las calles se han llenado de curiosos que observan ese único y hermoso espectáculo, la agradable noche que sopla una suave brisa parece invitar a que salgan de sus casas. Todos tienen un mismo tema de conversación, la causa de ese extraño fenómeno. Las opiniones y explicaciones abundan, todos creen tener la respuesta correcta, lo cual llega a crear encendidos

debates, aunque muchos de los comentarios que Gonzalo alcanza a oír por partes no le parecen siquiera razonables. La mayoría de seguro solo repiten lo que han dicho los reporteros, los cuales como la mayoría de veces solo saben divagar.

—Ya casi —susurra Gonzalo al ver la esquina para doblar hacia su destino.

Un fuerte viento empieza a soplar repentinamente estremeciendo al joven, las ramas de los árboles se sacuden ferozmente inquietando a los espectadores. Gonzalo se detiene una vez más levantando la vista lentamente hacia el cielo, por alguna razón siente que algo está por ocurrir, algo de lo que debe ser testigo. Una explosión de luz blanca se expande por el cielo iluminando por unos segundos la ciudad como si fuera de día, las personas gritan asustadas tapándose los ojos al no ser capaces de soportar ese resplandor que parece amenazar con cegarlos.

Cuando por fin le parece que es seguro volver a mirar, el muchacho entreabre los ojos con un poco de temor, comprobando que la luz ha desaparecido tan repentinamente como apareció. Pero se ve obligado a contener el aire al ver un enorme agujero en el cielo, del que se desprende un amenazante resplandor rojizo. Gonzalo está casi hipnotizado por ese extraño fenómeno que está seguro que jamás se ha visto, pero que siente que sabía que sucedería en algún momento. Una nueva oleada de gritos de sorpresa surge al ver que del agujero comienzan a salir una especie de enormes serpientes mecánicas que surcan los cielos pasando por encima de ellos, trasladándose como si estuvieran reptando entre las nubes.

—¿Qué es eso? —pregunta una temblorosa mujer a su marido.

—No lo sé, pero no tengo interés en quedarme aquí afuera para averiguarlo —le responde él conduciéndola de los hombros hacia la casa.

—¡Son los extraterrestres, los aliens, vamos al centro a recibirlos! —grita un adolescente emocionado corriendo por la avenida junto a su grupo de amigos que lo siguen entre saltos y gritos.

—¿Extraterrestres? —susurra el recién llegado sin dar crédito a lo que escucha.

Gonzalo se voltea para ver a las decenas de serpientes que parecen dirigirse al centro de la ciudad, aunque logra divisar algunas que se desvían hacia otras direcciones. Considerando la teoría que ha escuchado mira con atención las máquinas, la parte delantera redondeada puede considerarse como una cabina, el resto de los segmentos intercalados que se van angostando hasta culminar en una puntiaguda cola parecen tener

unas especies de propulsores que deben ser lo que le permiten volar, quizás es posible que sean naves tripuladas. Con la respiración agitada contempla unos extraños destellos de luz a lo lejos, como si se tratara de una tormenta eléctrica, lo cual no parece tener sentido, no hay ni una sola nube, solo están las... las naves. Un fuerte zumbido de algo girando a mucha velocidad alarma al joven que al voltear el rostro ve a una de las naves apuntando su cabeza hacia abajo. Una extraña luz se intensifica en la punta de la cabina junto con el zumbido hasta que dispara una especie de rayo que explota frente a él. El muchacho vuela por el aire hasta caer rodando en el asfalto a unos veinte metros de donde estaba, pedazos de escombros saltan al aire hacia todas direcciones mientras los cristales de las casas estallan en una lluvia de cientos de fragmentos que se dispersan en el suelo.

Aturdido, Gonzalo se retuerce en el piso sintiendo un insoportable pitido resonando en su cabeza, apoyando una mano en la vereda hace el esfuerzo de pararse. Aunque cuesta trabajo levantar su cuerpo que pareciera pesar más de lo acostumbrado, y aún cuando finalmente logra ponerse de pie, no cree ser capaz de resistir por mucho tiempo ante el violento temblor de sus piernas. Con la vista algo borrosa ve a la gente corriendo, dando gritos y chocándolo sin importarles nada más que ponerse a salvo.

Un bocinazo prolongado y cercano alarma al muchacho que logra girar el cuerpo para ver un automóvil gris fuera de control dirigiéndose hacia él, pero sus reflejos están demasiado aturdidos para reaccionar. Las estelas de luz de los faroles del coche comienzan a encandilarlo, los bocinazos se hacen mas fuertes, su cerebro le grita que se mueva, pero sus miembros son incapaces de responder. Solo le queda esperar con la mirada pérdida y la espalda encorvada a la muerte que parece haber vuelto para arreglar cuentas pendientes con él.

Un hombre lo toma del brazo apartándolo con tanta fuerza del camino del auto que a Gonzalo le parece sentir que su hombro se disloca, aunque eso parece poca cosa al oír el ruido del automóvil atravesando la pared de una casa. Lentamente el muchacho voltea el rostro hacia el enorme hombre que lo ha salvado, el anciano lo mira con el ceño fruncido, como si quisiera echarle en cara su descuido, pero por alguna razón sonrío y suaviza su expresión al lograr ver bien el rostro de a quien ha salvado.

—¡Vamos chico, busquemos un lugar seguro! Parece que Hollywood te ha atontado más de lo que esperaba —dice el hombre con tono burlón tirando del brazo del muchacho para que comience a correr.

Gonzalo aún algo confundido avanza con trancos torpes obligado por el anciano que lo lleva agarrado de la mano, a medida que avanza puede ver a la gente corriendo y gritando, los autos estrellándose unos a otros en su intento de escapar. Los edificios y las casas estallan en explosiones que

los convierten en ardientes montones de escombros, y a solo unos centímetros de él uno de los rayos alcanza al cuarentón que comienza a sacudirse en un espasmo hasta que estalla en una estela de finos cristales rojos, como si hubiera estado hecho de arena.

—¿Qué es esto? ¿Es nuestro fin? —susurra el joven con la mirada pérdida entre tanta destrucción.